

La Biblioteca Pública de Valencia ofrece a sus usuarios infantiles una actividad muy recomendable de animación a la lectura, «La hora del cuento», que ha sido muy bien acogida por los prelectores y primeros lectores. El objetivo de estas sesiones es, como se explica en este artículo, proporcionar a los niños un encuentro estimulante con el libro, aunque no con cualquier libro, sino con aquéllos ricos en contenido, tanto a nivel de palabra, como de imagen. Además de la cuidadosa selección de títulos, en la experiencia se han cuidado otros dos aspectos: el descubrimiento del poder de los libros, y el clima en el que este acontecimiento tiene lugar.

La hora del cuento

por M^a Fernanda Medina*



PABLO ECHEVARRÍA, LA SOPERA Y EL CAZO, MADRID: SM, 1993.

La Biblioteca Pública de Valencia ofrece este año, dentro de sus actividades culturales dirigidas al lector-usuario infantil, un conjunto de narraciones orales que integran la ya clásica «Hora del cuento».

La necesidad de este tipo de actividades ha sido ya hartamente comentada, y es un hecho que queda patente en la respuesta unánime que obtienen las pocas que se llevan a cabo de modo regular en nuestras bibliotecas.

Los organismos internacionales, por su parte, no cesan de recomendarlas. Así, la FIAB aconseja «organizar charlas, narraciones, lecturas, actividades prácticas, veladas de pasatiempos y competiciones, encaminadas a fomentar la participación de los niños y estimular la exploración de los recursos de las bibliotecas», y «fomentar, incluso entre los más pequeños, el goce de las visitas familiares a la biblioteca». ¹ Por citar una propuesta más reciente, dentro de la Constitución para el derecho universal a la lectura, promulgada en febrero de 1992 por la Unión Internacional de Editores, leemos: «Es esencial que quienes trabajan en el campo de la niñez temprana sean conscientes de la importancia de las primeras experiencias con libros y de las recomendaciones establecidas sobre los libros más apropiados para interesar a los niños de estas edades». ²

Y éste es justamente el objetivo que las citadas sesiones se han propuesto: proporcionar a los niños, ya sean prelectores o primeros lectores, un encuentro estimulante con el libro, y no con cualquier libro, en atención a ese carácter crucial de las primeras experiencias lectoras sobre la sensibilidad y la motivación infantil.

Así, se han cuidado al máximo dos aspectos que consideramos claves en la historia del desarrollo de un vínculo duradero entre el niño y el libro: el descubrimiento del poder de los libros y el clima en el que este acontecimiento tiene lugar.



JAVIER SERRANO, LOS TRES GORDIFLONES, MADRID: SIRUELA, 1992.

Por lo que se refiere al primer aspecto, la riqueza de la oferta editorial actual pone de manifiesto que este poder de los libros se halla desigualmente repartido. Por nuestra parte, hemos

buscado la adecuación del libro al estadio evolutivo del niño, siempre combinada con la capacidad de *conmover*, en su acepción más literal, es decir, de hacer mover el ánimo, de



PABLO NÚÑEZ, EL PROYECTO ABUELITA, MADRID: SIRUELA, 1992.

El poder del libro

provocar una reacción, un estremecimiento, de dejar huella en la intimidad del niño.

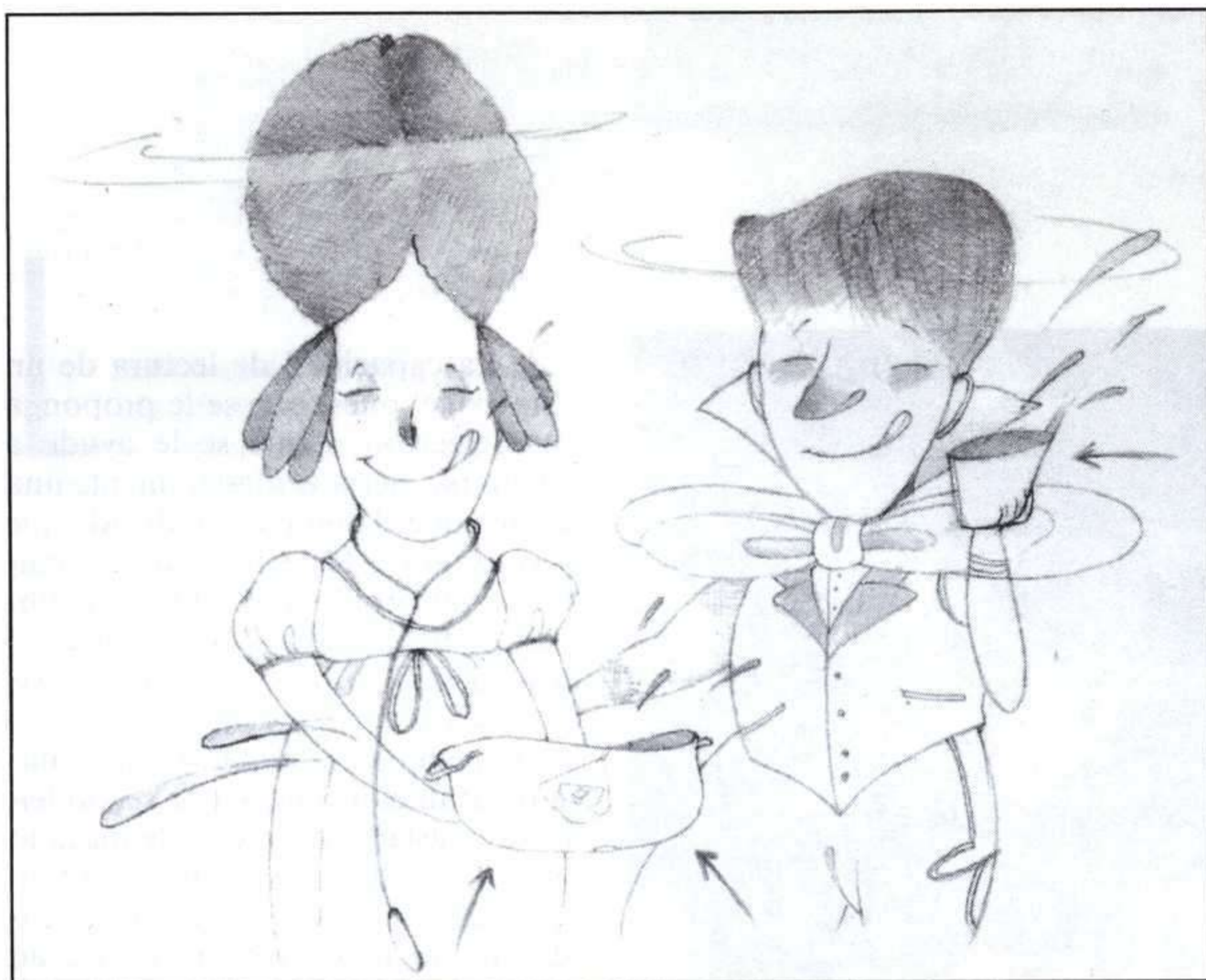
Dice Geneviève Patte con respecto a la selección de libros infantiles: «No olvidemos que la infancia es breve

[...]. La capacidad de lectura de un niño exige, pues, que se le proponga una selección y que se le ayude a orientarse. Sería verdaderamente una lástima que el tiempo ya reducido que él consagra a la lectura fuera totalmente absorbido por libros mediocres, intercambiables, que ocupan el lugar de los libros *too good to miss*, de aquellos que es bueno descubrir en un momento determinado y que nunca tendrán el mismo sabor si son leídos demasiado pronto o demasiado tarde. Es verdad que los libros infantiles verdaderamente ricos se descubren también con placer en la edad adulta, pero el hecho de encontrarlos siendo niño constituye una experiencia irremplazable».³

Nosotros hemos seguido su consejo, concediendo gran importancia a una selección cuidadosa de los títulos. Todos los libros presentados a los niños cumplían dos condiciones: en primer lugar, transmitían valores orientadores para los niños, valores primarios y significativos cercanos a la vivencia evolutiva de los niños.

En segundo lugar, todos ellos utilizaban como vehículo simultáneo la palabra y la imagen, y una imagen, a nuestro entender, de alta calidad.

La intensidad de la experiencia que estos libros proporcionan al niño le conduce a establecer con ellos una relación similar a la que ha establecido con su madre —u otras personas significativas— en la situación de aprendizaje más lúdica y gratificante que el niño ha vivido hasta el momento: aquella en que su madre se convierte en instrumento de aprendizaje, de desplazamiento de límites. En ese juego de aprendizaje el libro habla al niño con una voz que es como la de la madre: íntima, excitante, reconfortante. El libro desempeña en el terreno de la vida interior, de la comprensión intelectual y emocional de las cosas, el papel de esa persona significativa que alarga nuestra capacidad, nuestro bienestar, mientras en cierto modo nos seguimos sintiendo agentes



PABLO ECHEVARRÍA, LA SOPERA Y EL CAZO, MADRID: SM, 1993.

en ese cambio, pues no es una experiencia pasiva en absoluto.

Este proceso provoca en el niño —como sabemos todos los que no podemos prescindir de la lectura—, un goce genuino e inolvidable, que constituye a nuestro entender la garantía más sólida de que ese encuentro se repetirá una y otra vez en busca de esa experiencia de placer, compañía y conocimiento hasta convertirse en un hábito, en parte sustancial del carácter del niño.

Cuidada selección

La elección de libros ilustrados se basó en el hecho de que el mundo del niño a esta edad es aún más concreto que simbólico, y por tanto, marcadamente visual. La imagen actúa así como un nexo familiar que, mientras enriquece el mundo sensible del niño, le conduce sin esfuerzo al contenido textual. Para conseguir un apoyo más firme entre texto e imagen, las ilustraciones se proyectan simultáneamente a la narración. Las imágenes *envuelven* así a los niños, y esto favorece su concentración, capacidad que a esta edad es limitada.

Por lo que se refiere al clima, era éste un aspecto difícil de conseguir sin

ocasionar perturbaciones en el ambiente de silencio habitual de la biblioteca, ya que, como sucede en la mayoría de las bibliotecas españolas, no se cuenta con un espacio físico independiente para desarrollar la actividad. Esta circunstancia, que es favorable para los niños, por un lado, al permitir su convivencia con el mundo lector adulto, según opinan muchos bibliotecarios infantiles, es, por otro lado, una dificultad obvia. Los niños, que aún no han consolidado el hábito de silencio, lo olvidan mucho más fácilmente cuando el ambiente se relaja.

Sin embargo, a todos se nos presenta con claridad, incluso de modo meramente intuitivo, la importancia de unir un ambiente informal a estas primeras experiencias lectoras para el posterior desarrollo de una motivación positiva hacia el libro. ¿Quién de nosotros no procura ponerse cómodo antes de disponerse a disfrutar de un buen libro? Y los que sientan afición por la literatura infantil no tienen más que recordar a Matilda aupándose en un cajón para poder calentarse en la cocina un tazón de Ovaltine, y llevándolo a su cuarto antes de entregarse a la lectura.

Finalmente, optamos por crear un mini-ambiente desmontable que acogiera a los niños durante la sesión: una

gran carpa bajo la que se sitúan los niños y la pantalla de proyección, y que al tiempo que proporciona un ambiente cálido e informal produce la oscuridad necesaria para el pase de las diapositivas, sin tener que prescindir de la luz el resto de la sala.

Tras la sesión, se sortea entre los niños el cuento que han escuchado.

Buena acogida

La respuesta obtenida por parte del público infantil y de sus padres ha sido tan rotunda que ha conducido a desdoblarse la actividad en dos sesiones, para poder acoger a un mayor número de niños conservando un tamaño asequible para el grupo que disfruta de ella.

En la actualidad, las sesiones tienen lugar los jueves por la tarde, y entre ambas estamos atendiendo a una media de 50 niños, cuyas edades oscilan entre los 3 y los 8 años.

Por lo que se refiere a la consecución de los objetivos propuestos, lo que podemos decir por el momento es que el 70 % de los niños se han convertido en asistentes habituales, que todos ellos consideran ahora la Sección Infantil como un lugar grato y familiar del que en ocasiones cuesta hacerlos marchar, y que sus visitas a la biblioteca para realizar otras actividades como consultas, utilización del servicio de préstamo, etc., han aumentado considerablemente.

Creemos que todo esto constituye, como mínimo, un inmejorable presagio para el futuro lector, y por tanto el desarrollo integral, de todos estos niños. ■

* M^a Fernanda Medina es bibliotecaria.

Notas

1. FIAB: *Pautas para bibliotecas públicas*, Madrid: Dirección General del Libro y Bibliotecas, 1^a ed., 1988, pp. 23-24.
2. «Una Constitución para lectores», *CLIJ*, 46, p. 8.
3. Patte, G.: *¡Dejadles leer!*, Barcelona: Pirne, 1^a ed., 1988, p. 41.